
Judic, Bruno, *L'océan Indien au Moyen Âge*, Colección «Le monde: une histoire; mondes médiévaux» (Bibliografía, tabla de los soberanos mencionados, mapas). Ellipses, París, 2008, 151 pp.

El título de este libro puede engañar fácilmente al lector. Bruno Judic, profesor de historia medieval de la universidad de Tours, no pretende mostrar qué pasaba en el extremo oriente mientras en Europa se desarrollaba la llamada Edad Media. Su objetivo es mucho más ambicioso. Reconociendo una cierta unidad cultural de los territorios bañados por el océano Índico, el autor intenta demostrar que en este espacio también podemos encontrar un período antiguo, fundador, donde se echan las raíces de esta unidad cultural, y una segunda época de profundización y maduración: una Edad Media. Luego vendrá un tercer período, con su carácter propio.

Judic reconoce que en el mundo índico no hay cortes tan marcados como la caída del Imperio Romano para el caso europeo. Sin embargo, hace coincidir esta «edad media oriental» más o menos con la Edad Media europea. El punto de partida lo fija en el siglo IV de nuestra era, con la India de los Gupta. Este punto coincide cronológicamente con la cristianización de Etiopía y la «indianización» del sudeste asiático. El punto de término es más fácil de identificar. En efecto, la llegada de los navíos portugueses al océano Índico por la vía sudafricana, a finales del siglo XV, es un poderoso hito que cambiará la historia de ese espacio cultural.

La unidad se basa en la cultura india. Ésta habría aportado a los territorios del Índico sus principales ideas en materia de religión, mitología y literatura. Este fenómeno se produjo gracias al comercio, y fue la causa del surgimiento de los grandes estados del sudeste asiático. El gran medio que permitió esta unidad y el desarrollo de una cultura común fue, como en el caso de Europa con el Mediterráneo, el océano Índico. Se trata de ver, pues, las características y el desarrollo común de las ideas indias en la cuenca del océano. Así, el autor analiza los distintos focos de desarrollo, poniendo en relación su historia política con las condiciones sociales y culturales comunes. Todo el libro está basado en datos de carácter arqueológico y literario.

El primer capítulo está consagrado a la India. Después de pasar revista a la historia política del subcontinente, el autor resalta el poder que adquirió el reino de Magadha. Bajo la dinastía Gupta, la India devino un poderoso centro de desarrollo religioso, intelectual y artístico. Uno de sus máximos exponentes fue la universidad búdica de Nalanda, frecuentada por pensadores de todo el extremo oriente. A este poder político y cultural se sumó la fuerza marítima y comercial, bajo la dinastía Pallava (s. VII en adelante). La influencia india se hace sentir con gran fuerza en el océano. El capítulo termina con la constatación de que, a

pesar del esplendor cultural del imperio Vijayanagar (s. XIV), éste no tuvo figuración en el plano marítimo.

Puestas las bases, en el segundo capítulo vemos cómo la influencia india sirvió para modelar estados y dar identidad a los territorios del sudeste asiático: Birmania, Camboya, Vietnam e Indonesia. Partiendo por el reino de Funan, en el delta del Mekong (siglos II-VI). Aquí el proceso de «hinduización» a través del comercio marítimo fue poderosamente ayudado por los sistemas fluviales, permitiendo la relación entre las tierras interiores de labrantío y las planicies costeras.

El tercer capítulo pretende que, pese a las múltiples influencias que recibió la Península Arábiga (romana, bizantina, persa), el mundo islámico nace asociado al océano Índico. Los musulmanes mantuvieron un activo comercio que se extendía hasta las costas de China, como muestra la posición dominante de la lengua árabe en los asuntos comerciales. Al mismo tiempo, aportó un gran número de sabios que describieron el océano y ayudaron a formar su unidad conceptual. Pero esto significará no pocos problemas para el comercio indio. Y, como consecuencia, el retroceso de la cultura india a favor de la organización de estados musulmanes, especialmente en Indonesia.

En los capítulos cuarto (África del este) y quinto (Madagascar), el autor demuestra un gran despliegue metodológico, con la incorporación del análisis de fuentes etnográficas y orales. La costa africana fue integrada al espacio índico gracias al comercio, como muestra la presencia de numerosos objetos de origen chino en la región. Esto supuso la islamización de aquellas regiones (en particular Zanzíbar y Kilwa) y el paulatino aislamiento de la Etiopía cristiana, cada vez más replegada hacia el interior del continente. El autor concede a la isla de Madagascar la condición de «clave en la cuestión epistemológica de una historia ‘medieval’ del océano Índico» (p. 79). Judic plantea la hipótesis de un poblamiento malayo-polinesio de la isla en los siglos VI-VII. Para esto se apoya en una interpretación, a nuestro parecer un poco forzada, del tratado árabe llamado *Libro de las maravillas de la India* (redactado en c. 956), en la pertenencia de la lengua malgache a la familia austronésica y en la leyenda de Raminia, príncipe musulmán que llega a la isla como exiliado. Así, el autor identifica las islas de Waqwaq con Madagascar, al tiempo que señala la posible relación entre la leyenda de Raminia y el reino de Ramni (también descrito en los tratados árabes), situado en la parte norte de Sumatra. En cualquier caso, Madagascar quedará ligada a los itinerarios comerciales del Índico, cerrando este espacio cultural por el sur.

Los capítulos siguientes («El océano Índico como horizonte onírico» y «Los occidentales en el océano Índico»), carecen de originalidad. Se dedican a repetir las ideas formuladas por Jacques Le Goff sobre el extremo oriente como lugar de todos los sueños occidentales: riquezas por doquier, paraísos sociales, placer sin límite (Le Goff, Jacques, «L'Occident médiéval et l'océan Indien: un horizon onirique», en *Mediterraneo e Oceano Indiano. Atti del VI Colloquio Internazionale di Storia Marittima*, Florencia, Olschki, 1970, pp. 243-263; reeditado en *Pour un autre Moyen Age. Temps, travail et culture en Occident:*

18 essais, Gallimard, Paris, 1977). Aunque se reconoce que había un cierto conocimiento real, sobre todo ligado al cristianismo asiático. Luego se refiere a los viajeros europeos en tierras orientales y su contribución al conocimiento concreto del continente y al aumento del comercio entre Europa y Asia.

El capítulo octavo y último presenta una nueva perspectiva. Se trata de los chinos en el océano Índico. Antes conectados con él a través del reino de Funan, hacia el siglo V hacen irrupción en este espacio oceánico a través de un activo comercio. Su papel llega hasta el siglo XV, cuando los gastos de mantención de ese comercio devienen más costosos que los beneficios que produce.

La tesis que propone este libro es novedosa, sin duda. Pero, tal como sucede con los estudios de la Edad Media europea, se advierte la manía por delimitar épocas y buscar a toda costa signos de ruptura. Además, se echa de menos un buen aparato crítico, que apoye las interesantes teorías que plantea.

JOSÉ MIGUEL DE TORO

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Chile
jmdetoro@gmail.com